

LOS ANTIGUOS MÉDICOS DE CABECERA

En la década gris marengo de los años 40, cuando Franco entraba bajo palio en las iglesias y el pueblo murmuraba “Menos Franco y más pan blanco”, la hambruna se adueñaba del país. No había bastante comida y se implantó la cartilla de racionamiento.

La tuberculosis apareció como un peligroso fantasma y entre los niños se puso de moda el miedo hacia los tísicos porque si “te cogían en descampado podían matarte y chuparte la sangre”. Para curar a los tísicos, se creó el Patronato Nacional Antituberculoso, y aquí en Gandía se hizo famoso el doctor Mejías Velasco, apodado *Taqueta*, porque siempre encontraba una pequeña mancha en el pulmón de sus pacientes.

Todavía no existían ambulatorios ni clínicas privadas y los dos únicos centros de salud eran el viejo hospital, en el que se atendía a los pobres de solemnidad y a las gitanas para dar a luz, y el Centro de Higiene donde pasaban consulta los médicos que aparecen en la foto. Y el doctor Saturnino Peñín revisaba la herramienta de trabajo de las famosas putas de la calle Plus Ultra.

Los jarabes para la tos, el aceite de hígado de bacalao, el permanganato, el Laxen Busto, los hipofosfitos y las cataplasmas formaban el *vademecum* de aquellos tiempos.

El último adelanto eran los rayos X. y se oía a la gente decir: “*Vaig a portar el xiquet al metge per a que li tire el rayo*”.

Una de las instituciones más importantes de aquellos años era la del médico de cabecera, un personaje que encarnaba las virtudes del chamán de la tribu. Inspiraba tranquilidad y parecía formar parte de la familia, pues no sólo curaba las enfermedades del cuerpo, sino que muchas veces ejercía de consejero áulico en cuestiones ajenas a la medicina. Y no era raro que tras la visita al enfermo, se sentara para tomar un café y hablar de lo divino y de lo humano.

Nuestro médico de cabecera se llamaba Carmelo París. Aunque serio y circunspecto, don Carmelo era un personaje entrañable. Se decía que en su juventud practicó todo tipo de deportes y fue novio de la famosa actriz Josita Hernán. Vestía impecable y su cabeza coronada por una tupida mata de pelo blanco, parecía la de un sabio. Además, su mirada profunda e inquisitorial daba fe de su buen ojo clínico como le sucedía al doctor Marañón. Las manos de don Carmelo parecían manos sanadoras y se las frotaba constantemente como para guardar en ellas todo el poder y la magia de los auténticos chamanes.

Recuerdo como un ritual las visitas de don Carmelo a mi casa. Tras observarme detenidamente la lengua, me auscultaba con gran atención como si a través del fonendoscopio escuchara *La 5ª Sinfonía de Beethoven*. Luego ponía un algodón empapado de alcohol en un plato, le

prendía fuego y, sujetando con unas pinzas el estuche metálico de las jeringuillas, dejaba hervir el agua tranquilamente. Y acto seguido ponía la inyección como si administrara un sacramento.

Con el paso del tiempo los antiguos médicos de cabecera desaparecieron. Pero gracias a mis hijos, yo he tenido la suerte de encontrar uno. De don Carmelo sólo conserva su ojo clínico. Es un hombre moderno, afable y cariñoso, que escucha con infinita paciencia y resuelve tus problemas sin darse importancia, como la cosa más natural del mundo. Y además, sonrío. Se llama Miguel Ángel Oltra.

José Miguel Borja

SERGI, EL PEU DE LA FOTO ES:

Médicos de los años 40 en Gandia: Fortunato Ortí , Carmelo París, Vicente Deltoro , Salvador Carbonell, Jesús Fuster, Francisco Fuster, Enrique Terol....